

co, condujeron al paulatino regreso de sus militantes a las tradicionales toldas partidistas».

La tendencia anotada se fue acentuando en tal forma que «en las elecciones parlamenta-

rias de 1911 se impuso por fuerte mayoría la concentración conservadora. El republicanismo había sido herido de muerte. En las de 1913 se repitió el mismo resultado electoral». <sup>16</sup>



Fracasado el movimiento de conciliación promovido por la Unión Republicana, ésta no logró consolidar el partido que intentó fundar, y durante el corto período de cinco años en que gobernaron González Valencia (1909-1910) y Carlos E. Restrepo (1910-1914), mantuvo un difícil equilibrio por la constante presión del partido conservador, que al fin logró imponerse con la sucesión de presidentes de esa agrupación hasta 1930.

Olaya aceptó la representación diplomática en Chile en enero de 1912, y allá fue acogido con mucho agrado por el Gobierno chileno y por la distinguida sociedad de Santiago. Iba acompañado de su culta esposa, y pudo, en la

paz de la vida conyugal, olvidar, siquiera transitoriamente, los sinsabores causados por los reveses de la fracasada unión republicana, en la que había trabajado con tanto entusiasmo. Las experiencias de su contacto con aquella tierra, que veía desenvolverse, no obstante la escasez de recursos naturales, en proceso de visible superación, le hicieron concebir la esperanza de lograr para Colombia mayor estabilidad y progreso.

Pensando en la necesidad de consagrarse al servicio de su patria, se le vió retornar en 1915 a Bogotá para enfrascarse de nuevo en la política, renunciando su posición diplomática en el país del Sur.

Esta vez, recordando los años pretéritos, y comprendiendo que el periodismo y la política marchan estrechamente unidos, decidió fundar un órgano de publicidad que denominó *El Diario Nacional*. Hizo los arreglos necesarios para instalarlo, y el 15 de septiembre de 1915 se publicó el primer número. Suprimió los anuncios comerciales usuales en los diarios bogotanos, y colocó en su lugar las notas editoriales y el material fotográfico de actualidad. En ocho páginas y en formato de gran tamaño insertó, cla-

sificándolas, las noticias nacionales y extranjeras, las comerciales, las notas sociales y comentarios políticos.

Su posición política fue de la mayor cautela. Había transcurrido un año del salvaje asesinato de Uribe Uribe. Eduardo Santos desde las páginas de *El Tiempo*, mantenía la ideología del partido liberal, y aún se hablaba, aunque lánguidamente, del partido republicano.

Se iniciaba entonces el nuevo gabinete del presidente Concha, quien había incluido algunos colaboradores liberales, entre ellos el general Benjamín Herrera en la cartera de Agricultura. El periódico naciente se cuidó, sin embargo, de no hacer conocer cuál sería su línea de conducta política. En números posteriores sí se ocupó en respaldar el movimiento de unidad política liberal, recogiendo la invitación del general Benjamín Herrera, convertido en Jefe del Liberalismo. Esa invitación iba encaminada a conseguir que en una gran convención se procurase la unificación de todas las fuerzas del partido, incluídas las que el general Uribe Uribe abanderaba con el nombre de 'bloque liberal' y las que formaban parte de la fenecida Unión Republicana, que no llegaron a cristalizar en el Partido Republicano, junto con las tradicionalmente conocidas como Partido Liberal.

Era necesario, además, darle un conteni-

do programático que incluyese las reivindicaciones de carácter económico, social y cultural y no únicamente las referentes a la defensa de las libertades públicas.

*El Diario Nacional*, de Olaya, y *El Tiempo*, bajo la dirección de Eduardo Santos, juntaron sus voces y su influencia en la opinión pública para defender, con una nueva orientación, los postulados del liberalismo.

Olaya Herrera, por su parte, llevado por su vocación política, y alentado por los resultados positivos de su anterior acción parlamentaria, desde el año 1917 consiguió la representación en el Congreso, ya como diputado en la Cámara, ya como senador.

En 1918 la candidatura de Marco Fidel Suárez a la Presidencia de la República triunfó sobre la del poeta Guillermo Valencia. Este último, que había contado con el apoyo liberal de Benjamín Herrera, de *El Diario Nacional* y de *El Tiempo* y al ser derrotado por fuertes intereses, provocó el triunfo pleno del conservatismo, y el partido liberal hubo de replegarse, ya sin participación en el Gobierno, al campo de la oposición. Esa derrota que significó también la muerte del partido republicano, le obligó a reorganizarse a fines de 1920, y nombró un Directorio Nacional formado por Olaya Herrera, Nemesio Camacho y Luis de Greiff.<sup>17</sup>

## Los tratados entre Estados Unidos, Colombia y Panamá. Encendido debate en el Senado

Ya muy avanzada y casi en sus postrimerías la administración de Marco Fidel Suárez, volvió a promoverse en el Senado un candente debate sobre los tratados con que Estados Unidos intentaba poner fin a la controversia relacionada con la separación de Panamá.

Por haber fracasado el Tratado Cortés-Root que autorizó el general Reyes, se reanudaron las negociaciones con posterioridad, y el 6 de abril de 1914 se suscribió el Tratado Urrutia-Thompson, cuya discusión desató una nueva tormenta. El Congreso estadounidense le había adicionado once modificaciones que alteraban considerablemente lo pactado. El Gobierno colombiano, después de considerarlo en Consejo de Ministros, decidió el 20 de agosto de 1921 pedir al Senado su aprobación.

De inmediato se desató la tempestad, que dividió el Congreso y a los partidos políticos, y suscitó una violenta oposición en momentos muy difíciles para el régimen de Suárez, que sufría un tremendo desprestigio por su ineptitud, desgobierno y descuido en los asuntos fiscales. Lo combatían a la vez liberales y conservadores. Entre los últimos, la voz implacable de Laureano Gómez.<sup>18</sup>

Olaya Herrera ocupaba una curul en el Senado y formaba parte de la Comisión de Relaciones Exteriores, a la cual correspondió elaborar el informe sobre el Tratado Urrutia-Thompson. A diferencia de sus colegas, y conocedor como era de la política internacional estadounidense y de su complejidad, llegó a la conclusión de que, desechados los sentimentalismos airados de sus compatriotas, debía presentarse un dictamen favorable. Los restantes miembros de la comisión, a su turno, indagaron en los archivos diplomáticos, y después de un detenido estudio compartieron el criterio de Olaya Herrera. Además, analizaron detenidamente cada una de las enmiendas introducidas por el Congreso norteamericano.

Convencido de que debía enfrentarse con decisión al problema, puso a prueba una vez más sus aptitudes para la polémica y sus dotes persuasivas como orador parlamentario. En caso de salir airoso, su figura política crecería hasta convertirlo en uno de los dirigentes más acatados y prestigiosos.

Con los discursos de Olaya y de sus compañeros de comisión, se obtuvo el voto aprobatorio del Senado para el proyecto de ley referente al tratado. En cambio, la batalla decisiva estaba por estallar en la Cámara de Representantes, donde se impuso la voz tronante y acusatoria de Laureano Gómez.

«La oratoria mordaz e incisiva de Laureano Gómez lo consagró como el censor de la

moral pública, abrió los dilatados horizontes de su carrera política y produjo la inmediata caída de Suárez, quien el 9 de noviembre siguiente anunció al Senado su 'separación' del cargo». <sup>19</sup>

Al día siguiente se designaba al general Jorge Holguín para suceder a Suárez, quien ofreció, al tomar posesión de la Presidencia, varios ministerios a los liberales, pero ninguno aceptó.

El primero de diciembre fueron presentados a la Cámara de Representantes dos informes: uno de mayoría, en el que se declaraba «nuestra resignación ante lo irremediable», pues no parecía cuerdo enfrentarse a una nación poderosa como los Estados Unidos, ya consumada la apertura del canal interoceánico y puesto al servicio del comercio mundial.

El informe de minoría, suscrito por Concha, Navarro y Echeverry, se pronunciaba en contra de la aprobación. Benjamín Herrera, muy contrariado y ante la división de los liberales, renunció a la jefatura del partido.

Reunida la convención liberal ante la crisis producida, aprobó una proposición en el sentido de permitir a los miembros del partido absoluta libertad para adoptar la decisión individual que tuviesen por conveniente.

El 8 de diciembre y en vista de lo dispuesto por la convención, Olaya Herrera aceptó el cargo de ministro de Relaciones Exteriores, condicionando su aceptación al lapso indispensable para la discusión en el Congreso del trata-

do en cuestión. Sus enemigos políticos dijeron que también había condicionado su decisión al compromiso del Gobierno de nombrarle después como ministro en Washington.

Constituyó un acierto del designado Holguín poner en manos de Olaya Herrera la suerte del documento que había suscitado en la Cámara tan enconada oposición. En ella tropezaría con un parlamentario demoledor, Laureano Gómez, que no tuvo reparo en afirmar que Olaya aceptó la defensa del tratado a cambio de su nombramiento posterior como ministro en Washington. Pero esta inculpación tan ofensiva no consiguió amedrentar a su contendor, que con una dialéctica muy hábil planteó el problema en forma pragmática, con un conocimiento a fondo de la política desarrollada por los Estados Unidos, cuyo carácter imperialista no podía negarse, pero que estaba dispuesto a mantener su poder e influencia determinante en el plano internacional de modo resuelto y contundente. Contra esa política muy poco o casi nada lograría conseguir un país débil como Colombia. Se trataba de hechos cumplidos que una nación poderosa estaba dispuesta a defender decididamente. La posición de Olaya no era de entreguismo sino la formulación de una conducta, que en su concepto, debían aceptar los pueblos de la América tropical como la única factible, pues con argumentos de corte sentimental no conseguirían doblegar la inflexible voluntad de predominio bien demostrada por la nación norteamericana.

Fueron doce días de intenso debate en los que Olaya se enfrentó a contendores agucridos como Laureano Gómez, José Vicente Concha y otros parlamentarios. Por fin, el 21 de diciembre, la Cámara aprobó el tratado con sus modificaciones. Una hora más tarde Olaya presentó su dimisión, según lo había prometido.

### Ministro en Washington

En un ambiente caldeado por las pasiones que había desatado la discusión del tratado con Estados Unidos, se adelantó la campaña para el reemplazo en la Presidencia del general Holguín, quien, como se sabe, fue designado para completar el período del dimitido titular, don Marco Fidel Suárez.

El liberalismo acordó presentar candidato propio, dada la división conservadora, y proclamó al general Benjamín Herrera. Mas fue víctima de un cuantioso fraude, que concedió el triunfo al candidato conservador Pedro Nel Ospina, en las elecciones verificadas el 12 de febrero de 1922. En vista de ello, el presidente del partido liberal convocó una convención encargada de reorganizarlo, que se reunió en marzo de 1922. Pero no había unidad en cuanto al tema de la colaboración liberal en el Gobierno. Olaya Herrera no asistió, pues no quería exponerse a la crítica de los copartidarios que no miraron bien su defensa del tratado con los Esta-

dos Unidos. Por otra parte, en los primeros días de abril el Gobierno le ofreció el cargo de ministro plenipotenciario en Washington. El pronóstico de Laureano se cumplió aunque no en los términos hirientes que el caudillo conservador había vaticinado.

«Era torpe pensar —comentó Lleras Restrepo<sup>20</sup>— que el nombramiento había sido una condición pactada de antemano. Se necesitaba adelantar una nueva política de aproximación con los Estados Unidos y nadie más indicado para conducirla que el político boyacense».

Olaya aceptó la legación, actuando independientemente de la jerarquía liberal, que en Ibagué, donde se reunió la Convención, había aprobado la «franca, enérgica y constante oposición al Gobierno», lo cual debía interpretarse como negativa a la colaboración ministerial.

«Definitivamente el 'indio Olaya' —como lo llamaban algunos peyorativa o despectivamente, otros por su origen boyacense o por ciertos rasgos mongólicos de su rostro— era hombre impositivo y dominador. Como dijo después el mismo Lozano y Lozano, 'Olaya nació para imponerse y para conducir, como otros, la oscura mayoría, nacen para seguir y para obedecer'». <sup>21</sup>

Era un trabajador incansable, y su permanencia en Washington, en un puesto diplomático, no la dedicó a descansar y reponerse de sus intensos quehaceres que habían dominado su vida en el periodismo y los candentes

debates del Congreso: «Indagaba archivos diplomáticos, consultaba los giros bursátiles y los meandros del mercado cafetero, escrutaba los secretos del desarrollo industrial norteamericano, cuyo sistema anhelaba para su país. Mantenía copiosa correspondencia, oficial y privada, y sugería convenios internacionales y medidas financieras a su Gobierno, con el amor a la patria siempre presente».<sup>22</sup>

Ocho años continuos duró su permanencia como ministro en Washington. Tiempo durante el cual se familiarizó con los altos círculos de las finanzas, con la organización administrativa de esa gran nación, su disciplina, sus mercados petroleros. Comprendió cómo el Estado debía concebirse como una gran empresa.

Carlos E. Restrepo, ex presidente colombiano, al recibirlo con un discurso pronunciado en Bucaramanga el 20 de enero de 1930, declaró con entusiasmo: «Olaya no es el hombre de antes. Se ha salido del mapa y se ha levantado sobre toda la América. Enviamos a Washington un diplomático excelente y un fino político, y se nos ha devuelto un estadista de escuela, un colombiano que podemos ostentar con orgullo ante las naciones civilizadas».

## La sexta Conferencia Panamericana

El Gobierno colombiano nombró a Olaya Herrera, en asocio de Jesús María Yepes y Roberto Urdaneta Arbeláez, para presidir la delegación que habría de representarlo en la Conferencia Panamericana que se instaló en La Habana el 16 de enero de 1928.

Se efectuaba esa reunión en un ambiente cargado de desconfianza por parte de las naciones del centro y del sur, pues la reciente intervención de los Estados Unidos en la República Dominicana, el desembarco de sus marinos en Nicaragua para vigilar las elecciones presidenciales que trajeron consigo la tiranía de los Somoza, y el recuerdo de lo acontecido en Panamá sembraban una justificada inquietud respecto al crédito que debía darse a la voluntad de convivencia pacífica que guiaba a la gran potencia del norte en sus relaciones con los otros pueblos del continente.

El propio presidente estadounidense, Calvin Coolidge, no tuvo ningún reparo en pronunciar el discurso de instalación, en el que declaró que «la soberanía de las pequeñas naciones ha sido siempre respetada». Machado, el mandatario cubano, le contestó, que grandeza no puede obtenerse sino por los esfuerzos de cada pueblo dentro del radio de su civilización.

La prensa y la opinión predominante no ocultaban su pesimismo respecto a la suerte de la Conferencia, en vista de la ostensible política de predominio que ejercían los Estados Unidos. Si bien los países sudamericanos, sujetos a compromisos y endeudados con el poderoso, no podían mostrarse arrogantes sino cautelosos.

El presidente Wilson fue objeto de un homenaje de reconocimiento por la imagen democrática dejada a través de su gestión, en lo

que se consiguieron una respuesta a la actitud imperialista de Coolidge.

Tres días más tarde, el presidente de la delegación norteamericana, Charles Evans Hughes, pronunció un discurso en el cual expuso las que consideraba cuatro columnas del panamericanismo: la independencia, la estabilidad, la mutua buena voluntad, la cooperación. Afirmó que las intervenciones de su país en Santo Domingo y Nicaragua no tenían ánimo de conquista sino de preservación de la democracia: «Respetamos la independencia de estos pueblos hasta tanto que en ellos reinen el orden y la paz;

pero como no podemos permitir focos de intranquilidad en nuestra zona de influencia, nos encargamos de fortalecer la estabilidad, como lo hemos hecho ya en Haití».

Olaya, al ser requerido por la prensa para expresar su opinión, declaró que el discurso le parecía una exposición magistral, y que los pueblos del continente debían aceptar las tesis de Hughes como básicas para la comprensión mutua. En Bogotá causaron una pésima impresión

las declaraciones de Olaya y Terrero, por lo que a decir que constituían una traición a la causa de América Latina.<sup>23</sup> La Cancillería se encontró obligada a rectificar, diciendo que los puntos de vista expuestos por el presidente de la delegación debían considerarse como estrictamente personales. Olaya, a su vez, aclaró su posición.

La Conferencia aprobó posteriormente una proposición contraria al intervencionismo, y más tarde, a instancias de Olaya Herrera, se adoptó la tesis de que aquel únicamente se justificaba si procedía, no del poderoso del Norte, sino de una poderosa Unión Panamericana.



## IV

## 1929: AÑO DE AGUDA CRISIS ECONOMICA Y POLITICA

### Hechos de sangre

Las maniobras turbias que venía realizando en la capital un grupo de gerentes de entidades municipales respaldados por el gobernador, quien destituyó arbitrariamente al alcalde que las había denunciado, produjo en 1929 una ola de protestas y disturbios, que se agravaron con la agitación electoral ya en marcha y con el sacrificio de un estudiante, muerto a balazos por una descarga oficial.

Ante la creciente agitación popular y estudiantil, el Gobierno de Abadía Méndez, que se tambaleaba ante la crisis producida, decidió destituir a los funcionarios responsables de los malos manejos.

Otros hechos de sangre producidos en el departamento del Magdalena conmovieron la opinión pública cuando los denunció Jorge Eliécer Gaitán en la Cámara de Representantes,

provisto de los documentos correspondientes, en acalorados debates. Las fuerzas policiales, bajo el comando del general Cortés Vargas, dispararon contra los obreros de la United Fruit Company el 12 de noviembre de 1928, que se habían declarado en huelga. Gaitán habló de 32 mil víctimas, y declaró que el genocidio fue la respuesta de los políticos de la región, los gobernantes seccionales y las autoridades locales que estaban al servicio de la poderosa empresa, propietaria de una extensa zona de sesenta mil hectáreas en esa región. El derecho de huelga aún no estaba reconocido por la ley; de modo que una celada tendida en la estación del ferrocarril a los trabajadores huelguistas, permitió al general mencionado ordenar aquella horrorosa matanza.

### La crisis económica de 1929

Se trataba no sólo de una de las frecuentes crisis que azotan las economías desgastadas de los países del centro y sur del continente, sino de la Gran Depresión, del colapso de Wall Street el 29 de octubre de 1929.

Se había iniciado la depresión como consecuencia de la Primera Guerra Mundial, terminada en 1918, «que paralizó el comercio internacional y produjo la inconvertibilidad de las monedas y la prohibición de exportar oro,... las acciones redujeron su valor; la desocupación se



hace general, decaen sensiblemente la demanda y los precios de bienes y servicios, cunde el pánico que produce las quiebras. Y luego viene la economía de la postguerra: se imponen las tarifas arancelarias, la difícil búsqueda de mercados, el proteccionismo industrial, el intervencionismo estatal». <sup>24</sup>

Los Estados Unidos, gracias a su proteccionismo arancelario y la conquista de mercados, resultan los beneficiados de aquel desastre, que condujo a la inestabilidad económica de todo el mundo, hasta que, al llegar el 29 de octubre de 1929, con la bancarrota del Wall Street, se produce una caída general de precios.

El presidente Abadía Méndez en alocución del 1º de enero de 1930 trata de evitar el pánico general y de explicar la reducción de gastos, justificando la medida en el cierre del crédito exterior y en la necesidad de apelar a los pro-

pios recursos, al mismo tiempo que la exportación del principal artículo colombiano disminuye, con merma considerable de las entradas fiscales. El país estaba en quiebra y requería un cambio sustancial en la dirección de los asuntos públicos, políticos, financieros. Ese cambio se produjo de inmediato, y favoreció al partido liberal.

Los bolcheviques habían abierto una brecha en la historia del mundo con su revolución triunfante. En América los peruanos, con Haya de la Torre, abrían surcos nuevos, y lo propio ocurría con la revolución mejicana.

La segunda República Liberal encontraba llegado el momento de imponer su predominio, quebrantado sensiblemente el conservatismo por el desastre fiscal y la carencia de conductores expertos. El partido debía prepararse para la reconquista del poder en fecha próxima.





**CAMPAÑA  
PRESIDENCIAL  
Y ASCENSO A  
LA PRIMERA  
MAGISTRATURA  
(1930 • 1934)**

### División del partido conservador

Aunque los conservadores, en usufructo del poder durante largos años, porfiaban por mantener su hegemonía, la grave crisis de que se ha hablado antes resquebrajó su unidad y les dividió en dos bandos: los que defendían la candidatura presidencial del general Alfredo Vásquez Cobo y quienes se inclinaban en favor del poeta Guillermo Valencia.

A mediados de 1929 los dos candidatos en pugna recurren al arbitraje para dirimir la disputa: al arzobispo de Bogotá, quien vacila, y al presidente Abadía Méndez, que se niega a intervenir. José Vicente Concha, por su parte, no acepta la postulación, como sí lo hace el poeta

José Joaquín Casas, cuya candidatura no prospera.

En las elecciones municipales realizadas en 1929 triunfa el liberalismo, lo que es ya un buen presagio. En noviembre se reúne una Convención Nacional Liberal que designa un triunvirato para dirigir el partido: Alfonso López Pumarejo, Samper Uribe y el general Leandro Cuberos.

Acentuada y sin remedio la división conservadora, la oportunidad liberal queda expedita. Se convoca una reunión, el 13 de diciembre de 1929, en las oficinas de *El Tiempo* y se acordó la conveniencia de remozar con un contenido social, a tono con las nuevas corrientes circulantes, la vieja ideología del partido; y aprovechando las favorables circunstancias, lanzar un candidato presidencial propio, para lo cual se acogió con entusiasmo el nombre de Olaya Herrera, a quien de inmediato se le dirigió un cablegrama a Washington, encabezado por Eduardo Santos, anunciándole la decisión. Al día siguiente, el 14 de diciembre, *El Tiempo* proclamó con gran despliegue la candidatura presidencial de tan conspícuo colombiano.

«Era el hombre indicado por sus antecedentes republicanos, por su experiencia administrativa, por su personalidad avasalladora y equilibrada, su conocimiento de los altos mandos financieros norteamericanos y porque el conservatismo no podría recibirlo como un desafío partidista».<sup>25</sup>

## La candidatura liberal de Olaya Herrera

Olaya recibió la invitación, comprendiendo su honroso significado y agradeciéndolo, mas hubo de reflexionar detenidamente sobre ella, midiendo las posibilidades de aceptarla sin reticencias, pues conocedor como era de los graves problemas que afrontaba el país, creyó que sólo podrían solucionarse con un gobierno de coalición, y contestó que en su concepto ninguna candidatura de partido podría por sí sola salir airoso en la compleja tarea que le esperaba.

«Para abrir camino a las patrióticas tendencias no creo que basten sólo las espléndidas manifestaciones del liberalismo, aún siendo ellas imponentes y dignas de sus más gloriosas tradiciones. Y como es a tal ideal y a la orientación de firme e indestructible concentración patriótica nacional a la que yo desearía servir, más como un deber que como un honor, no creo que tenga derecho ni a pedir ni a aceptar de la gallardía de mis amigos que lleven mi nombre a una batalla electoral...».<sup>26</sup>

Olaya se pronunciaba, pues, no por una candidatura de partido sino por un candidatura de «concentración patriótica nacional». Quienes estaban confiados en la postulación liberal se decepcionaron y hasta censuraron su actitud.

En una declaración para la prensa de

Nueva York de 2 de enero de 1930 Olaya ratificó que deseaba que su nombre surgiese como candidato de carácter nacional, pues sólo de tal manera tendría la oportunidad de realizar la obra ingente de enfrentamiento a los complejos problemas planteados en Colombia. Una acción parcial, exclusivamente de partido, fracasaría.

Buscaba Olaya la adhesión de prominentes figuras de extracción conservadora, y consiguió que Carlos E. Restrepo, que había ocupado la Presidencia, secundase su plan que aspiraba a lograr el respaldo del catolicismo, prometiendo que en caso de prosperar su postulación, protegería y haría respetar a la Iglesia Católica. Obtenida la adhesión del conservatismo republicano, se dirigió a Eduardo Santos, Gabriel Turbay, Alfonso López y otras grandes figuras de su partido, anunciándoles que había resuelto viajar a Colombia para estudiar allá lo que más convenía a los permanentes intereses del país, dadas las difíciles circunstancias por las que atravesaba.

El movimiento de concentración nacional por el cual luchaba, una vez llegado al país comenzó a crecer visiblemente en todas partes. En una manifestación organizada en Medellín Carlos E. Restrepo pronunció el 11 de enero un discurso en el cual dijo que el comercio se hundía, amenazado por la ruina y que el Tesoro Nacional estaba exhausto; que el partido conservador estaba hundiéndose, víctima de sus propios errores.<sup>27</sup>

Al llegar a Colombia, la candidatura de Olaya a la Presidencia cobró cada vez mayor fuerza. Empezó viajes a distintos puntos de la nación, donde se le recibía con caluroso entusiasmo. Por fin se decidió a trazar un plan en el que prometía:

«Un Gobierno que haga una administración capaz, económica, abandonando los métodos de probada ineficacia, y aprovechando todos los perfeccionamientos de la ciencia de la gestión pública que han conquistado todos los Estados contemporáneos bien organizados. Un gobierno celoso, intransigente en el manejo del Tesoro público, que ponga en práctica y desarrolle el consejo que los técnicos de la ciencia financiera nos han dado sobre la materia... Un Gobierno que lleve acción vigilante para la buena organización de todas las secciones de la República, para impulsar las obras materiales de conformidad con planes y sistemas cuidadosamente estudiados (...) Un Gobierno que tenga sobre las cuestiones sociales un criterio de humanidad y de justicia, armonizando el capital con el trabajo (...) Un Gobierno que inicie y sostenga la lucha firme contra el analfabetismo».<sup>28</sup>

A las ideas centrales antes transcritas que esbozaba como programa de Gobierno, Olaya

Herrera se refirió una vez más a la necesidad de provocar una conciliación política que aprovechara todas las capacidades técnicas que pudieran ponerse al servicio de la reconstrucción nacional, sin que su filiación política o su enemistad constituyesen un impedimento para desecharlas. El país debía contar con todos los ciudadanos capaces dispuestos a servir, guiados por el patriótico empeño de contribuir a esa reconstrucción indispensable.

La campaña electoral duró unos quince días escasos, pero no se logró que cesara la división conservadora representada por los candidatos Vásquez Cobo y Guillermo Valencia. El presidente Abadía Méndez se mantuvo neutral, como lo había prometido, y a su turno el ejército mostró su fidelidad a la Constitución. Con lo cual las elecciones se efectuaron sin contratiempos y Olaya pudo enterarse del triunfo sobre sus contendores encontrándose recluso, por enfermedad, en su residencia.

El liberalismo había conseguido, tras un largo período de alejamiento del poder, reconquistarlo con Olaya Herrera en un torneo donde claramente demostró que contaba con un respaldo popular innegable, si bien la división conservadora había sido factor determinante de su derrota en las urnas.





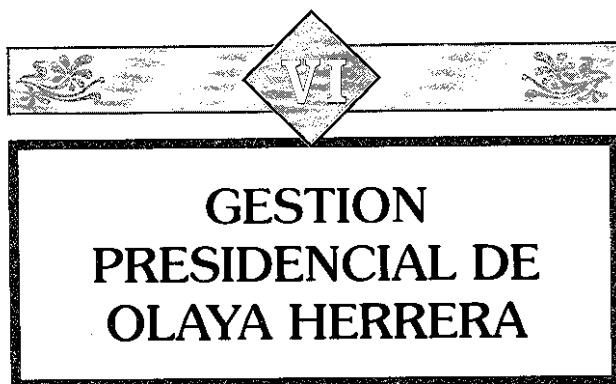
El candidato presidencial Olaya Herrera



## Organización del nuevo Gobierno

Repuesto de su enfermedad, Olaya

de consagrarse con devoción a servir los intereses nacionales, de proteger con firmeza los derechos y libertades de todos los colombianos, de trabajar con celo por el bien público, de cumplir fielmente la Constitución y las leyes



### El legado conservador: un Estado en descomposición

El párrafo que sigue, de Gustavo Humberto Rodríguez, sintetiza la situación casi caótica a la cual hubo de enfrentarse el nuevo presidente:

«Olaya recibió un Estado en descomposición administrativa, fiscal y económica, agudizada por la crisis mundial que se desató en el año 30. Sin chimeneas industriales, con un pesado endeudamiento, sin recursos fiscales y sin crédito externo, agravado por la desconfianza que rodeaba a la gestión oficial fuera de las fronteras por razón del desgobierno y la anarquía política. Resolver con fortuna estos graves y complejos problemas era mandato para un hábil administrador, y Olaya demostró serlo en grado sumo». <sup>30</sup>

### Recuperación económica

En el informe que en julio de 1931 rindió al Congreso puso de relieve que había consagrado grandes esfuerzos a conjurar el déficit creciente; que recibió autorizaciones para reducir gastos de funcionamiento, para crear impuestos; reorganizó las rentas públicas; puso en marcha los 17 proyectos elaborados por la Comisión Kemmerer, contratada en 1930, referentes al régimen tributario, organización del crédito público y otros asuntos.

Esteban Jaramillo, nombrado ministro de Hacienda desde 1931 describe en términos dramáticos la situación reinante: «...rugía en el país la revolución social. A causa de la paralización de las industrias, del estancamiento del comercio, del paro de las obras públicas, de la baja de los precios y de la ruina de los deudores, numerosas multitudes de obreros acosados por el hambre recorrían las calles, plazas, los caminos y veredas, pidiendo trabajo en forma amenazante...»<sup>31</sup>

En materia de petróleos estableció una política de puertas abiertas para provocar la inversión extranjera, particularmente la estadounidense, iniciada ya por Marco Fidel Suárez. La agricultura gozó de amplia protección. Se inauguraron granjas agrícolas; se procuró mejorar la calidad del producto básico colombiano, o sea el café.

«El país, al finalizar el cuatrenio, se había salvado de la hecatombe económica y entraba en un proceso de sosiego social... Dominar los factores adversos había sido una gestión compleja, ardua, tesonera, realizada con espíritu liberal, con firmeza de voluntad, energía en la decisión...»<sup>32</sup>

### Intervencionismo, proteccionismo y reformas sociales

Con razón pudo afirmar Olaya Herrera al término de su mandato que en los últimos meses había podido observarse un renacimiento en los negocios y en las actividades de todo género. La política aduanera en el sentido de dar protección a las industrias del país hizo renacer y desarrollarse en proporciones sorprendentes una gran cantidad de ellas. Las grandes fábricas de tejidos de Antioquia adquirieron una prosperidad considerable. También se desarrolló la industria minera, mediante métodos modernos de explotación.

Todo ello se logró como consecuencia del intervencionismo estatal como regulador de la economía, la protección de las industrias nacionales y la política de reformas sociales en favor de las clases más necesitadas. Se introducía así un liberalismo de tendencia socialista.

El joven parlamentario Jorge Eliécer Gaitán quiso en 1931 promover una reforma constitucional con el objeto de reconocer la propiedad privada como derecho y al mismo tiempo reconocer como deber el contribuir al beneficio social. En otro artículo establecía que el cultivo y explotación de la tierra es un deber del propietario. No lo consiguió entonces, pero tales principios intervencionistas fueron adoptados en 1936, junto con la llamada «reforma agraria» en favor del campesino, que Olaya defendió.

En 1932 el problema laboral del campesino se recrudeció, en virtud de la presión ejercida por los propietarios de tierras baldías e inexploradas. En la mayor parte de los casos esas tierras se hallaban ocupadas por colonos, para cultivarlas, a quienes se amenazaba con el despojo. Olaya comprendió las dimensiones sociales del problema, su injusticia, y procuró remediarlo.

### El conflicto fronterizo de Leticia

El 1º de septiembre de 1932 un grupo de peruanos comandados por un ingeniero Ordóñez y apoyados por el Gobierno del presidente Sánchez Cerro, ocupó de modo sorpresivo el puerto colombiano de Leticia, en el Amazonas. Aprovecharon la ausencia de la guarnición colombiana en ese lugar, dominaron a las autoridades civiles y ocuparon el territorio por asalto.





Olaya Herrera, presidente de Colombia